



E L D U E N D E V E R D E

EL MALEFICIO DE LA PRINCESA

Antonio A. Gómez Yebra

Ilustración: Jesús Aguado



ANAYA

*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y
actividades que está a disposición del profesorado
en nuestra web.*

© Del texto: Antonio A. Gómez Yebra, 2018

© De las ilustraciones: Jesús Aguado, 2018

© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, marzo 2018

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-698-3604-0

Depósito legal: M-200-2018

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la *Ortografía de
la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta
obra está protegido por la Ley, que establece penas
de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes
reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística
o científica, o su transformación, interpretación
o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte
o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*



EL DUENDE VERDE

Antonio A. Gómez Yebra

EL MALEFICIO DE LA PRINCESA

Ilustración: Jesús Aguado

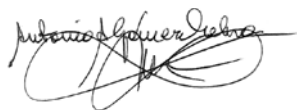
Q U E R I D O L E C T O R

Si leíste *Con las botas puestas*, recordarás que Estefan, el protagonista, había heredado de su padre un perrito, Único, con el cual marchó a la capital del reino, pues en su pueblo no tenía forma de prosperar. Pero el animal lo metió en un lío tremendo, del que pudo salir a duras penas, consiguiendo, además, liberar a su hermano Santiago de unos ladrones, y obtener el antídoto para que la princesa Adriana dejara de envejecer a toda velocidad. Venció a la poderosa bruja Úrsula, y cobró una recompensa, que supo compartir. Aunque Esmeralda desapareció sin dejar rastro con Único, al que buscó sin éxito, con las botas puestas.

En esta ocasión Estefan vuelve a meterse en líos y conoce

personalmente a la princesa Adriana. Ella lo invita a solucionar para siempre el peliagudo asunto del maleficio que un brujo le lanzó cuando era muy niña todavía. Y él hará todo lo posible por lograrlo. También en esta segunda parte el protagonista se encontrará con problemas de todo tipo, engañado por unos y otros, malinterpretado, lastimado y burlado, teniendo que luchar para situarse en el mundo. Nadie le regala nada. ¿O sí? ¿Alguien da algo sin pedir nada a cambio?

Otra historia donde el mundo no es lo que parece, aunque pudiera ser así. Todo depende del color del cristal con que se mira, y de los ojos del buen lector.

A handwritten signature in black ink, which appears to be 'Julio Cortázar', written in a cursive style with some overlapping loops.

*A Sofía Pozo Gómez,
tan chiquita todavía*

1

DONDE EL REY SE LEVANTA DE BUEN HUMOR UN DÍA CASI DE OTOÑO Y PROPONE ALGUNOS CAMBIOS

AQUELLA mañana, muy temprano, el rey se levantó de buen humor. Varios pajarillos cantaban alegremente en una de las ventanas que daban al jardín, y, cuando se asomó, descubrió que no se veía ni una nube en el cielo: estaba limpio, limpiísimo, como recién lavado y recién azuleado.

También él se lavó y se afeitó cuidadosamente, teniendo mucho cuidado de no rozar con la navaja su perilla, que estaba bien crecida, y de no estropear su bigote, del cual se sentía especialmente orgulloso. Se trataba de un doble bigotazo que se mantenía derecho porque solía untarlo con una sustancia gomosa hecha exclusivamente para él por su perfumista.

—¡Ah, qué bonito día! —exclamó, y su vozarrón retumbó en todo el dormitorio, haciendo moverse hasta las cortinas que rodeaban su lecho.

Su ayuda de cámara tocó suavemente en la puerta.

—¡Toc, toc!

—¡Adelante, Adalberto, adelante! Hoy me siento fresco y ágil como potrillo. ¿Qué te parece?

Adalberto no sabía qué contestar, ya que el rey estaba en paños menores.

—Dime, dime, ¿no estoy radiante? ¿No me he levantado espectacular?

—Por supuesto, Majestad, parecéis mucho más joven que ayer. ¿Habéis tenido algún sueño especial?

El rey no contestó, porque luchaba con el pantalón, que no podía ceñir a su cintura.

—Este pantalón ha encogido, Adalberto. Tendrás que comprobar con qué jabón lavan mi ropa. O que no lo hagan con agua caliente: de esa manera la ropa encoge.

—Puede ser, Majestad, aunque si me permitís una leve observación, sin ánimo de ofender... ¿No será posible que hayáis engordado un poquitín... solo un poquitín en los últimos días?

—Bah, bah, bah, no he engordado ni mucho ni poco. Siempre estoy en mi peso... No seas grosero.

—Desde luego, desde luego. Preguntaré con qué producto han lavado últimamente su ropa, Majestad. Así evitaremos que se estropee o encoja.

—Bien dicho, Adalberto. —Y el rey consiguió por fin, echando hacia dentro su prominente barriga, introducirla en el pantalón—. ¿Lo ves? ¿Lo ves? En cuanto he estirado un poco la cintura del pantalón, ha encajado perfectamente.

—Sí, Majestad. En los últimos tiempos los mercaderes de telas las traen de Oriente, y parecen de menor calidad que antes.

—En eso estoy de acuerdo, deberíamos volver a potenciar a nuestros artesanos y animarlos a confeccionar mejores telas y prendas más holgadas. ¿Qué te parece si lanzáramos un bando para que sastres y modistas revisaran sus diseños?

—¡Magnífico, Majestad! ¡Su Majestad está en todo! —Y le pasó un tarro de colonia—. Tampoco a mí me gustan las prendas muy ajustadas. Con algunas apenas se puede respirar. No sé cómo las mujeres pueden ir con esos corpiños. Y algunos hombres con esos pantalones tan pegados a las piernas.

—Bueno, bueno —y se perfumó convenientemente—, acércame una casaca. Roja, por favor.

El ayuda de cámara le pasó la prenda pedida por el rey y este se la puso sin necesidad de ayuda alguna.

—Bien, siéntate en mi escritorio, toma útiles y anota: «Se hace saber...». ¿Estás listo?

—Casi, Majestad... Un momento... Escribo...

—Espera, espera... Empiezo de nuevo: «Por orden de su Majestad... que se preocupa sin cesar por el bienestar de todos los ciudadanos (esto no lo pongas), se hace saber que a partir de mañana, inicio del otoño en nuestro querido reino, todos los sastres y modistas revisarán la moda. Y pondrán mucho cuidado en comprobar telas y modificar hechuras. Quedan prohibidas las prendas elaboradas con fibras de mala calidad y

excesivamente ajustadas, porque no son buenas para la salud de nuestros súbditos».

—¡Brillante, Majestad, brillante! Un prodigio de dicción y... de cordura.

—¿Has dicho «de gordura»?

—¡En absoluto, Majestad! Quizás no he pronunciado bien. He dicho «de cordura».

—¡Ah, mejor así...! Entendí mal. —Y terminó de atusarse el bigote—. Busca unos zapatos adecuados para esta ropa, y pónmelos, porque me cuesta un poco agacharme: este pantalón ha encogido, ¡seguro! Me siento aquí. —Y lo hizo sobre una banqueta con un cojín de terciopelo azul.

—No me cabe la menor duda —expuso el ayuda de cámara, que se inclinaba ante el rey con unos zapatos negros de brillante hebilla dorada—. Creo que estos os pueden combinar perfectamente con el resto de la ropa.

—¡Ah, ah, ah! Por eso eres mi ayuda de cámara. ¡Magnífica elección, Adalberto, magnífica en verdad! Voy a lucir como un sol. Quizás desde hoy deberían llamarme «El Rey Sol». ¿Qué te parece, Adalberto?

—No estoy muy seguro de que sea una buena opción, Majestad. Alguien podría creer que empezáis a ser vanidosillo. Y eso no os interesa.

—Tienes razón, Adalberto, mucha razón. Como casi siempre. Haz que me traigan un buen desayuno y di al aya de mi hija que quiero hablar con ella.

—Como gustéis, Majestad. ¿Os apetece alguna cosa especial?



—Lo que a ti te parezca mejor. Ya sabes que no le hago ascos a nada; a mí me gusta todo. Así, si queda algo, podrás despacharte.

—Es un honor, Majestad. Vuelvo enseguida.

Adalberto salió, y el rey se miró al espejo. Era una verdadera obra de arte, hecho por el más habilidoso de los ebanistas de la capital: tenía un marco de exquisita filigrana y estaba cubierto con finísimas láminas de oro.

Verdaderamente satisfecho de lo que habían visto sus ojos, el rey se alisó la ceja derecha y se asomó a uno de los balcones que daban al patio.

Por allí pasaba en ese momento su cocinero preferido, Santiago, aquel cuyo hermano había conseguido librar a su hija del terrible maleficio.

Afortunadamente habían llegado a tiempo con la leche, ¿o fue el queso? —no lo tenía muy claro—, de la cabra Amaltea, y su hija había recuperado la juventud y la belleza.

—¡Qué momentos! —suspiró, aunque aliviado porque ya habían pasado los días de dolor, cuando pensaba que su queridísima Adriana se moriría sin remedio.

A su nariz llegó un olorcillo a pan recién hecho que terminó de abrirle el apetito. Le encantaba todo lo que aquel joven cocinaba.

—¡Lástima que no esté conmigo mi dulce Alicia! ¡Qué maravilla de mujer! ¡Y qué poco tiempo la tuve a mi lado! ¡Eh, muchacho, Santiago!

El rey gritó con todas sus fuerzas, y todos los que pasaban por el patio miraron hacia el balcón al cual se había asomado.

Santiago hizo una inclinación de cabeza hacia el rey, y este le indicó con un gesto que fuera a verlo.

—¿Yo? —preguntó asombrado Santiago, echando una ojeada a su alrededor, creyendo que tal vez el rey se dirigiera a otra persona.

—¡Sí, tú! ¡Quiero hablar contigo! ¡Ven a verme hacia media mañana!

El joven asintió con la cabeza e hizo una reverencia con el tronco.

Justo en ese momento, Adalberto golpeaba suavemente la puerta.

—¡Pasa, pasa! No hace falta que llames. Te lo tengo dicho. Ya estoy listo.

Detrás de Adalberto llegaba un joven camarero empujando una mesita con ruedas sobre la que se veía todo tipo de frutas, pan, embutidos, huevos revueltos, zumo, leche y queso.

—¡Un desayuno digno de un rey, sí, señor! Pasa, pasa, muchacho. Se me está haciendo la boca agua. ¿Te conozco, o eres nuevo? —El rey no le dejó contestar—. ¿Es de confianza este chico, Adalberto? Me suena su cara.

—Sí, Majestad. Os tiene que sonar. Se trata de Estefan, el chico que salvó a la princesa del sortilegio. Aca-ba de entrar a vuestro servicio.

—¿Ya te has gastado las trescientas monedas de oro, jovencito?

—Repartí con mi hermano Hernando, y quiero ahorrar para comprar la casa donde vivíamos, y un huerto, allá en el pueblo. Por eso he pedido este trabajo.

—¡Estupendo! Demostraste que eras inocente y te comportaste como un hombre... Habéis hecho bien en contratarlo. Es de fiar. Veamos qué me has traído.

Estefan fue presentando al rey cada uno de los alimentos, porque a su Majestad le gustaba que le dijeran qué era lo que se iba a comer, aunque lo supiera perfectamente.

—¿Ha comido el chico, Adalberto?

—Los trabajadores de la cocina son los primeros, Majestad. ¡Buen provecho!

—¡Buen provecho! —repitió Estefan.

El rey se puso manos a la obra, como si no hubiera comido desde el mes anterior. Gozaba de un apetito extraordinario, y no se privaba de nada. Adalberto y Estefan lo miraban sin mover una sola pestaña, atentos ambos a cualquier sugerencia del monarca.

—Cuando regreses a la cocina, recuérdale a tu hermano Santiago que quiero verlo. Tengo intención de hacer algunos cambios en la cocina, y él parece el más indicado: es joven y con ideas.

—Por supuesto, Majestad —le contestó Estefan, que permanecía con las manos a la espalda atento a cualquier movimiento del rey.

—¿No le sentará mal al jefe de cocina, Majestad?

—Claro que no. Lleva muchos años cocinando para mí y sabe lo que me gusta. Pero creo que es tiempo de

modificar el menú. Es suficientemente listo como para no molestarse.

El rey eructó con toda soltura, y se limpió los labios con una suave servilleta de color blanco.

—¡Que aproveche! —dijeron Estefan y el ayuda de cámara al mismo tiempo.

—¡Gracias! Todo estaba de primera. Podéis compartirlo. Traed una banqueta y comed.

—¡No tengo apetito, Majestad, muchas gracias! ¡Ya he comido! —respondió educadamente Estefan.

—¡Come! Cuando el rey te dice que comas, debes hacerlo. Te está invitando a su mesa. ¡No seas desagradecido! —lo recriminó Adalberto.

—Sí, come una manzana. ¡Una manzana cada mañana es la comida más sana! ¡Ja, ja, ja! ¿Habéis visto qué bien me ha quedado?

Estefan tomó una manzana roja y brillante y la mordió, permaneciendo de pie mientras masticaba. Adalberto se sentó sobre un taburete e hizo lo propio con una pera amarilla, no dejando ni las pepitas.

—Bien, muchacho, ya podrás decir a tus amigos que has comido a la mesa del rey. ¡Pocos pueden presumir de haberlo hecho! ¡Y conste que te había condenado a muerte hace muy poco tiempo! ¿Has visto qué rey tienes? Cambié de opinión y me convertí en un rey sabio.

—Sin duda alguna, Majestad. Hay pocos reyes de vuestra categoría en el mundo —opinó el ayuda de cámara—. Es de sabios cambiar de opinión. El chico es de pueblo, pero noble y servicial.

—Me encanta ver cómo me conoces, Adalberto...
Da gusto charlar contigo y tenerte a mi lado.

—Gracias, Majestad. Es un verdadero placer. ¿Podemos retirarnos ya?

—Por supuesto. Mira tras la puerta y dime si está Eduvigis, el aya de mi hija. Es tan silenciosa y prudente que puede esperar y esperar durante toda la mañana si no la invitan a entrar.



EL DUENDE VERDE

Ya ha pasado un tiempo desde que Estefan se vio envuelto en todo aquel lío con la princesa hechizada, su perro Único, el queso «milagroso» de su cabra y la bruja Úrsula y sus secuaces. Ahora trabaja como camarero del rey; y será por andar por palacio por lo que se volverá a encontrar con la princesa.

A la bella muchacha le prometerá ayuda para romper de una vez con el maleficio que la mantiene oculta de todo el mundo.

Edad recomendada
para este libro:

A partir de 12 años

ISBN 978-84-698-3604-0



9 788469 836040

www.anayainfantilyjuvenil.com

1571215

ANAYA